

Volver a las aulas en marzo 2021 es imprescindible, ¿cómo hacerlo?



Edgardo Zablotzky,

Rector de la Universidad del CEMA
y Miembro de la Academia
Nacional de Educación
eez@ucema.edu.ar

Han pasado largos meses desde ese aquel lejano marzo, cuando el coronavirus, la pandemia y la cuarentena, comenzaron a ser parte de nuestro lenguaje cotidiano. Muchos meses sin clases presenciales, con el inmenso costo que ello habrá de generar para miles de niños y jóvenes. Un costo cuya magnitud recién se percibirá en los años por venir, y del cual se pierde noción frente a las estadísticas cotidianas de contagios y muertes.

Los chicos que hoy no reciben educación, en el mejor de los casos, serán los desocupados de mañana. En el peor escenario, ¿cuántos de ellos se volcarán a la cerveza, a la droga o a actividades ilícitas que los pueden conducir a una temprana muerte violenta o pasar largos años de su vida en un régimen carcelario? Esas muertes futuras, hoy silenciosas, serán también fruto de la pandemia y deben ser tomadas en cuenta. Cada chico que hoy logramos que regrese a la escuela lo estamos salvando de un futuro incierto, en una sociedad donde el capital humano es cada vez más importante.

Sin embargo, el inicio de las actividades de revinculación presencial en escuelas de la CABA generó la inmediata reacción de la Asociación Docente de la Ciudad de Buenos Aires (Ademys). Su Secretario Adjunto, Jorge Adaro, anunció un paro docente en rechazo a la apertura de las escuelas y señaló que “nuestra postura es de rechazo absoluto al regreso a las aulas que plantea Larreta”. Además, advirtió que “todos los días tenemos récord de casos, es una locura volver a las aulas”.

¿Es una locura volver a las aulas? En lugar de apreciaciones emocionales resulta de mayor utilidad conocer evidencia de otras sociedades. A modo de ejemplo, France 24 produjo el 17 de septiembre un reporte sobre la decisión del gobierno sueco de mantener abiertas las escuelas y los jardines de infantes, aún durante el pico de la pandemia. Como resultado de ello, los estudiantes suecos menores de 16 años no habrán perdido un solo día de clases debido al coronavirus.

¿En qué se basó Suecia para mantenerlas abiertas? La página web

de la Agencia Sueca de Salud Pública señala varios argumentos. En primer lugar, que “los niños representan sólo una pequeña proporción de los casos notificados de COVID-19 en Suecia. Los síntomas son generalmente más leves en niños en comparación con los adultos y los niños son menos propensos a enfermarse gravemente. Los conocimientos disponibles muestran que la transmisión entre niños es limitada y la transmisión en las escuelas es muy rara”.

La Agencia también explicita que “no existe evidencia científica que el cierre de las escuelas tenga un efecto significativo sobre la pandemia,” y que “el cierre de escuelas e institutos preescolares tendría un impacto negativo en la sociedad. La escuela es un lugar de seguridad y estabilidad para muchos niños.”

Una nota de Emily Oster, profesora de la Universidad de Brown, publicada el 9 de octubre en The Atlantic, provee evidencia consistente con estas apreciaciones para una sociedad diametralmente distinta, como lo es la americana. En palabras de

Oster: "Nuestros datos sobre casi 200.000 niños en 47 estados, las últimas dos semanas de septiembre, revelaron una tasa de infección del 0,13 por ciento entre los estudiantes y del 0,24 por ciento entre el personal. Es decir, aproximadamente 1.3 infecciones, durante dos semanas, cada 1.000 niños y 2.2 infecciones, durante dos semanas, en un grupo de 1.000 empleados".

Los contagios en las escuelas son muy pocos, pero no son cero, lo cual es una expectativa irreal. El argumento que cualquier riesgo es demasiado grande y que las escuelas deben reabrirse recién cuando haya desaparecido por completo, ignora los enormes costos para los niños de mantenerlas cerradas.

Al respecto, la Asociación Argentina de Pediatría (SAP) le envió al presidente Alberto Fernández un documento el cual sostiene esta posición. El mismo señala, entre sus conclusiones, que: "Después de haber analizado exhaustivamente los distintos aspectos que hacen a la importancia de la escuela en la vida de los niños, niñas y adolescentes en lo referido a los aspectos educativos, culturales, de educación física, sociales, sanitarios, nutricionales, enfatizamos que el derecho a la educación es fundamental y que la tarea docente con los educandos y sus familias es esencial. En este marco, la SAP cree que la vuelta a las escuelas en la modalidad presencial es imprescindible".

No es una locura volver a las aulas, es una locura el no hacerlo, por ello la pregunta ahora es cómo retornar a la presencialidad de la forma más segura posible, lo cual probablemente se está enfocando en forma parcial, dado que el énfasis que estamos poniendo en la seguridad dentro de las escuelas nos hace olvidar que también hay que llegar a ellas en forma segura.

La reapertura de los colegios y jardines de infantes implica un riesgo muy reducido para los niños, e indistinguible del que sufrirían en

otras profesiones el personal docente y administrativo, asumiendo que han de seguirse las prácticas llevadas a cabo con éxito en otras latitudes. Pero ello es tan sólo una cara de la moneda, cómo trasladarse de las casas a las escuelas en forma segura es la otra cara, y de gran relevancia para muchos alumnos y docentes de una ciudad del tamaño de Buenos Aires.

A modo de ilustración, una nota de Bloomberg del 25 de septiembre titulada: "Debemos hablar del transporte escolar", centra explícitamente su atención en este hecho, al señalar que "para las escuelas que están reabriendo en USA para el aprendizaje presencial, lo que sucede dentro del aula es sólo una parte de la seguridad de los estudiantes y maestros". Tomemos en cuenta que, como reporta la nota, previo a la pandemia 27,000 niños de 5 años de edad atravesaban cotidianamente la ciudad de New York para concurrir a jardines de infantes, el 42 % de los niños de dicha edad.

Incorporar al análisis el riesgo al que se exponen estudiantes y docentes, al trasladarse hacia y desde las escuelas, permite completar la foto y comenzar a pensar en estrategias para 2021 que minimicen el riesgo de los niños y maestros no tan sólo dentro de los colegios y jardines, sino también frente a la necesidad de utilizar el transporte público.

Una simple solución a considerar consiste en reducir la necesidad de utilizarlo, reubicando a tantos niños y docentes como fuese posible en escuelas y jardines de infantes cercanos a sus domicilios. Seguramente el problema es de mayor magnitud con los docentes que con los niños, pues una mayor proporción debe trasladarse para llegar a sus lugares de trabajo, pero también es más sencillo de solucionarlo mediante una adecuada planificación, dado que su potencial reubicación no conlleva los costos emocionales de cambiar a niños de escuelas.

Evaluar una idea de estas caracterís-

ticas es tan sólo un primer paso para enfrentar una realidad, el comienzo de clases 2021 llegará y no habrá para entonces una milagrosa vacuna. Por supuesto, este no es el único problema a enfrentar, sino preguntémosles a padres de familias si desean que sus niños retornen a las aulas o que continúen educándose en forma virtual. No resulta difícil adivinar que encontraremos opiniones divididas.

Dicha división no es una peculiaridad de nuestro país. Una encuesta llevada a cabo por Gallup en USA, durante la segunda quincena de julio, reportó exactamente ese resultado. La misma preguntaba a padres de niños menores de 12 años por sus preferencias para la educación de sus hijos. El 36% de los padres respondió que prefiere que sus hijos reciban educación presencial, el 28 % educación online y el 36% restante un híbrido entre ambas formas de aprendizaje. Una clara división en tercios.

Sin duda, el temor al contagio es un factor relevante en las opiniones de los padres. Una encuesta similar realizada por Gallup entre fines de mayo y principios de junio, cuando el número de infectados era mucho más bajo, reportaba que el 56% de los padres preferían la educación presencial y tan sólo un 8% la educación online.

Frente al coronavirus, cada familia es diferente. Si el gobierno lo toma en cuenta y permite que cada familia pueda decidir qué es lo mejor para sus hijos, independientemente de sus posibilidades económicas, evitaremos gestar una nueva, absurda e innecesaria división en nuestra sociedad que atentaría contra el imprescindible retorno a las aulas en marzo 2021.

Los niños no tienen por qué convertirse en las víctimas silenciosas del coronavirus, para ello es hora de dejar de evaluar el eventual retorno a la presencialidad y comenzar a pensar detalladamente en cómo hacerlo.